

para sí la posesión de Sidon y Beirut, y ofrecía en cambio á los mahometanos su apoyo contra sus correligionarios. Pero al mismo tiempo comenzó también Ricardo á negociar con los enemigos, porque había recibido malas noticias de su patria, donde su soberanía estaba amenazada, tanto por su hermano, el conde Juan, como por el rey Felipe; de suerte que deseaba emprender su viaje de regreso lo mas pronto posible. Saladino, pues, se encontró en la situación mas favorable respecto de los partidos cristianos, y quiso aprovecharse de ella y presentar á unos contra otros. Pero como el descontento de sus tropas por la guerra se acentuara cada vez mas, tuvo que prestarse mas formalmente de lo que lo hubiera hecho en caso contrario á entrar en negociaciones de paz, principalmente con su mas poderoso enemigo, el rey Ricardo. Celebráronse en consecuencia repetidas conferencias amistosas entre Ricardo y Almelik Aladil, hermano de Saladino. El rey quedó muy satisfecho del príncipe mahometano, y concibió el fantástico proyecto de casarle con su hermana Juana, reina viuda de Sicilia, y que luego se entregase á los casados todo el reino de Jerusalem. Inútil es decir que nada se acordó en este asunto; entre tanto, las negociaciones, con frecuencia interrumpidas y vueltas á reanudar, llegaron por fin al punto de que la paz parecía estar próxima, si los cristianos se contentaban con un pequeño aumento del territorio que á la sazón dominaban, con inclusión de Jerusalem,—exceptuando, no obstante, la gran mezquita de Omar y el castillo de la ciudad santa, que debían quedar en poder de los musulmanes.—Pero tampoco hubo acuerdo en este punto; pues, como dice un cronista árabe, «cuantas veces se estipulaba un arreglo con el rey de Inglaterra, otras tantas se volvía atrás de lo convenido: alteraba constantemente las determinaciones ya aceptadas, ó levantaba nuevas dificultades; despues de haber dado su palabra, la retiraba; y cuando exigía reserva, no guardaba él mismo el secreto.»

Ricardo, pues, se mostró en las negociaciones tan inconstante como en la lucha, pero la prueba mas lastimosa de este carácter fué la que dió por año nuevo (1192), al ordenar de repente suspender la, por largo tiempo descuidada, marcha á Jerusalem. Cuando se dió la orden de marchar, la estación era todo lo mala posible: el invierno con sus frias lluvias había quebrantado extraordinariamente á los peregrinos; á pesar de lo cual la orden del rey provocó indecible júbilo: todo el ejército, poseído de ardiente entusiasmo, partió de Ramle, tomando la dirección Este de la ciudad santa. Pero estando ya á mitad de camino, junto al pequeño pueblo de Beitnubah, hizo alto Ricardo y convocó un consejo de guerra para examinar con su concurso si ante todo sería fácil intentar el sitio de Jerusalem. En esta cuestión, especialmente los pisanos y los caballeros de las órdenes religiosas, indicaron que sería casi imposible tomar la ciudad santa, terriblemente fortificada y protegida por un numeroso ejército que Saladino tenía fuera de ella; que lo natural era conquistar otras poblaciones antes que atacaran á Jerusalem; porque, despues de la toma de la ciudad santa, la mayor parte de los peregrinos, cumplido con esto su voto, regresarían á la patria. Lo último era de temer como cosa enteramente segura, porque los compañeros de Godofredo de Bullon, una vez conquistada Jerusalem, no permanecieron en Palestina sino breve tiempo; era asimismo exacto que las fortificaciones de la ciudad santa habían sido reforzadas extraordinariamente por Saladino en el largo espacio de tiempo que le habían concedido los cruzados con sus eternas vacilaciones; pero ¿había en todo esto un motivo suficiente para cejar tímidamente ante el último y altísimo objeto del levantamiento poderoso del Occidente en masa?

Era preciso acometer otra vez á Jerusalem para corresponder á los ardentísimos deseos de la cristiandad entera; y en la campaña para reconquistar esta ciudad, ¿no sería posible quebrantar el poder militar de Saladino tan profundamente, que despues fuese fácil á los francos sirios volver á ensanchar en todos sentidos su dominación en Palestina, aun cuando la mayoría de los peregrinos no les prestase ya auxilios al efecto? La aversión de los pisanos y de sus compañeros á la idea de sitiar á Jerusalem se fundaba en primer término en el deseo de que se hiciesen conquistas en la costa, ante todo, por convenir así á sus intereses particulares; pero sus palabras fueron mas que suficientes para ganar en favor de sus miras al inconstante Ricardo, el cual suspendió



El rey Ricardo Corazon de Leon en marcha. Facsimile tomado del códice *De passagiis in Terram Sanctam* (Venecia)

la continuación de la marcha á Jerusalem y dió la orden de partir para Ascalon, conforme al plan anteriormente concebido.

En medio de la tormenta y de la lluvia, entre imprecaciones y lágrimas, retrocedió á la costa el ejército peregrino. Ascalon se presentó á sus ojos como un desierto monton de piedras; no sin esfuerzo se pudo llegar al interior de la ciudad pasando por encima de la masa de escombros. A pesar de esto dieron principio á su reedificación con toda formalidad. El rey, generoso como siempre, animó á los trabajadores por medio de dádivas en metálico, y hasta él mismo llevaba piedras para adelantarse á todos con su buen ejemplo. Sorprende el poco tiempo que tardaron en levantar murallas, torres y casas desde los cimientos. Pero pronto una nueva calamidad paralizó la provechosa obra. Pisanos y genoveses habían venido á las manos en sangrienta lucha en Acre; los primeros hicieron causa comun con los ingleses y con el rey Guido, los otros se pusieron de parte de los franceses y del marqués Conrado: toda la cristiandad de Siria se había fraccionado en partidos. Conrado se presentó delante de Acre con ejército y escuadra á tomar posesión de la ciudad en su nombre y en el de sus compañeros, y luego se apartó de la fortaleza al aproximarse Ricardo á su auxilio; pero una conferencia que celebró sobre este punto con el rey, atizó el fuego de la discordia en vez de apagarle. En aquellos momentos, poco despues de Pascua de Resurrección, llegaron noticias de Inglaterra, segun las cuales, la corona de Ricardo estaba cada vez mas seriamente amenazada por sus enemigos, en vista de lo cual el rey manifestó á los príncipes del ejército que no podía permanecer por mas tiempo en Siria y que se veía precisado á marchar sin dilación á su patria. En tal caso—contestaron los prelados y barones—debía procurar que terminase de una manera definitiva la cada vez mas acerba contienda sobre la corona de Jerusalem. Ricardo les preguntó sobre el particular, si pondría en posesión del reino á Guido ó á

Conrado. Él creía, sin duda, que sus grandes no se decidirían fácilmente por el marqués, pero se vió completamente chasqueado, porque todos designaron á Conrado como el único hombre dotado de suficiente valor, prudencia y capacidad para restaurar la dignidad de la corona de Jerusalem hasta donde fuese posible. Ricardo quedó sorprendido con esto; pero como sus pensamientos lo arrastraban hácia su patria, accedió sin resistencia al deseo unánimemente expresado por los grandes, é hizo anunciar á Conrado que le reconocía como rey. En Tiro, con este motivo, prorumpió el pueblo en masa en aclamaciones de júbilo, que parecían tanto mas justificadas, cuanto que el marqués, que poco tiempo antes había reanudado sus negociaciones con Saladino, recibió precisamente entonces noticias favorables sobre el curso que llevaban. Verdad es que el sultan exigía que Conrado se aliase con él, para atacar juntos á los cruzados—en lo cual naturalmente no había que pensar ya en estas circunstancias—; pero á la vez hacia al marqués mayores concesiones que antes, manifestándose dispuesto á dejarle todo lo que á la sazón estaba en poder de los cristianos, excepto Ascalon, y además añadir de la Palestina y de la ciudad santa todo lo que antes había propuesto al rey Ricardo.

Pero apenas había llegado este mensaje á la corte del nuevo rey, cuando este fué muerto en Tiro por dos Asesinos el 28 de abril de 1192. Este asesinato, que causó la mas honda sensación en todas partes, fué atribuido, ora á Saladino, ora á Ricardo, sin razon indudablemente; pues Conrado había provocado contra sí la venganza de aquella secta fanática saqueando un barco de los Asesinos (1). Su muerte fué un golpe terrible para la causa cristiana. Verdad es que poseído de ciega ambición había gravado su conciencia con algunas malas acciones, pero en cambio todo el mundo estaba convencido de que nadie como él podría contener los progresos del islamismo; y si se le hubiera concedido mas larga vida, los francos sirios pronto hubieran vuelto á ver mejores tiempos.

Las cosas presentaban entonces un aspecto muy distinto; la paz interior y exterior de Jerusalem estaba otra vez seriamente amenazada; pero de todos modos fué una felicidad en estas circunstancias que el rey Guido apenas jugase papel alguno; pues uno de los grandes franceses, el conde Enrique de Champagne, se captó muy pronto el afecto de los tirios y luego tambien de los cruzados en general, incluso el rey Ricardo, de quien era sobrino (2). Por lo inculdo de la época, no chocó que el conde, á los pocos dias de la muerte de Conrado, se casase con la viuda de este, Isabel, que estaba aun en cinta, y que naturalmente sucediese

(1) Sobre el autor del asesinato de Conrado, se han dividido hasta nuestros dias las opiniones. La idea expresada en el texto se funda realmente en el libro poco há publicado, «El marqués Conrado de Monferrato», por Teodoro Ilgen, Marburgo, 1880. El jefe superior de los Asesinos, que segun él ordenó el asesinato del nuevo rey de Jerusalem, fué el varias veces citado «Viejo de la Montaña», Raschideddin Sinan, el cual estuvo al frente de los Asesinos sirios desde 1169 hasta setiembre de 1192, y organizó perfectamente las terroríficas bandas de sus súbditos y los sujetó completamente á su voluntad, merced á una severa disciplina. No hace mucho tiempo que Guyard ha tratado de él en un docto escrito titulado: «Un grand maître des assassins au temps de Saladine», Journal asiatique, 1877, septième serie, tomo IX, pág. 322-489.

(2) Leonor de Poitou estuvo casada:

1.º Con Luis VII.....	2.º Con Enrique II
de Francia	de Inglaterra
Maria, casada con Enrique I	Ricardo
de Champagne	Corazon de Leon
Enrique II de Champagne,	
rey de Jerusalem	

al difunto lo mismo en el matrimonio que en el trono. Poco tiempo despues Guido fué indemnizado por su antiguo protector, el rey Ricardo, recibiendo de este el reino de la isla de Chipre en compensación de la corona que había perdido en el continente.

A pesar de todo continuó la guerra contra Saladino. Ricardo olvidando que poco antes había declarado no poder aplazar de ningun modo la vuelta á su patria, se dirigió á Darum, fuerte castillo situado en la costa al Sur de Ascalon, le tomó por asalto en mayo de 1192 y se preparaba para ulteriores combates, cuando de repente llegaron nuevas é infaustas noticias de Inglaterra. El voluble príncipe manifestó en seguida que nada podría detenerle ya en Siria, pero excitó con esto la mayor indignación en todo el ejército: que podía irse ó quedarse, fué desde luego la voz general; que tambien sin él se acometería la lucha para conquistar á Jerusalem. El orgulloso rey se quedó muy espantado al oír tales palabras, y luchó durante muchos dias consigo mismo, presa de angustiosa duda, sobre si debía abandonar ignominiosamente á los peregrinos, ó dejar completamente comprometida su corona de Inglaterra, retardando por mas tiempo su viaje. Por fin tomó precipitadamente la resolución de quedarse aun en Siria, por lo menos un verano y un invierno, cualesquiera que fuesen las noticias que en adelante le llegasen de Europa. Naturalmente, en seguida se resolvió la expedición á Jerusalem y se emprendió por grandes y pequeños con gran alegría y risueñas esperanzas. Los buenos auspicios de la empresa no eran esta vez de poca importancia. La estación (junio de 1192) era propicia, las fuerzas decisivas de los enemigos relativamente escasas, porque Saladino no había vuelto á llamar aun las numerosas divisiones militares que había licenciado el pasado invierno, y hasta no podía contar tanto como antes con la valerosa constancia de sus tropas. Solo algunos de sus oficiales estaban decididos á conservar á cualquier precio á Jerusalem, al paso que otros opinaban que á lo mas se debía intentar rechazar á los cristianos en batalla campal; que si esto se lograba, la ciudad santa quedaría fuera de peligro y si fracasaba, se perdería ciertamente la ciudad, pero el islamismo podría pasar tambien sin ella. El sultan reconoció por estas palabras con profundo pesar el gran miedo que había cundido en su ejército ante la idea de sostener por segunda vez un sitio como el de Acre. Las lágrimas corrieron en silencio por sus mejillas: la obra maestra de su vida parecía hundirse sin ser posible salvarla de la total ruina.

De todos modos, no tenía ciertamente mucho que temer por parte del rey Ricardo. La marcha del ejército cristiano se verificó con extraordinaria lentitud, llegando tambien esta vez nada mas que á Betnubah, donde hizo alto por espacio de varias semanas.

Ricardo se divirtió durante este tiempo en sostener temerarios combates parciales con bandas de partidarios enemigos y en hacer excursiones contra ricas caravanas que llegaban de Egipto, para apoderarse del botín; pero en esto perdió completamente de vista, como siempre, el objeto principal de la empresa. Luego empezó á quejarse de que Jerusalem era inexpugnable á causa de la fuerza de sus murallas, de las tropas superiores de Saladino, y de la penuria que los peregrinos habían de sufrir indefectiblemente en el sitio de la ciudad santa, y al cabo dijo que le parecía mas prudente hacer antes una expedición contra Damasco ó contra Egipto por ejemplo. Una parte de los caballeros se adhirió á su opinion, pero los restantes, en particular los franceses, se volvieron con cólera y desprecio contra semejante volubilidad. En poco tiempo todo el campamento fué presa de envenenadas contiendas: la continuación de la marcha á Jeru-

salen se hizo imposible, pero tampoco se trató ya de ninguna otra empresa, y el 4 de julio Saladino quedó sorprendido con la satisfactoria noticia de que los cristianos estaban á punto de retirarse decididamente á la costa.

Pocos días despues intentó Ricardo entrar otra vez en negociaciones para poner término á la cruzada; pero el sultan se encontraba ya á la sazón en circunstancias demasiado favorables para acceder fácilmente á los deseos de su adversario. Se mostró en extremo reservado, se negó á toda cesion de territorio musulman y exigió ante todo la demolición de Ascalon. De repente tomó la ofensiva él, que en general se había mantenido hasta entonces á la defensiva. A fines de julio se presentó con numerosas fuerzas delante de Joppe, atacó la apenas reparada fortaleza, practicó á viva fuerza una entrada en la ciudad, y estuvo á punto de tomar tambien su último baluarte, esto es, la ciudadela. La situación de los cristianos era crítica en extremo. El ejército peregrino se había desorganizado en gran parte, por efecto de la desacertada dirección de Ricardo. Entre ingleses y franceses reinaba ardiente animosidad; y precisamente en aquellos momentos el duque de Borgoña, jefe de los últimos, rehusó prestar su cooperación ulterior al rey de Inglaterra y se dirigió á Tiro, donde poco despues murió. Pero en esta ocasión sirvió una vez mas la feroz valentía del Corazón de Leon: estaba en Acre, cuando llegó á él la noticia del desastre de Joppe, y con la velocidad del rayo reunió las fuerzas militares que aun le quedaban, se embarcó para aquella ciudad, y en el puerto saltó al agua desde el barco antes que ninguno de los suyos, para llegar sin demora á la playa (1.º agosto 1192). La ciudadela se salvó gracias á esto, y la ciudad fué asimismo recuperada, cuando Ricardo con resonante grito de guerra atravesó las calles, cargando sobre el enemigo.

El 5 de agosto intentó otra vez Saladino acometer y aplastar con fuerzas superiores al pequeño ejército del rey: en el campo inmediato á Joppe y en la ciudad misma se trabó una batalla que estuvo por largo tiempo indecisa, siendo iguales las probabilidades de triunfo por una y otra parte; pero Ricardo se mostró tan heroicamente valeroso, tan audaz y perseverante, y tan entendido general en esta ocasión, que no solo conservó sus posiciones, sino que causó grandísimas pérdidas á los enemigos y llenó los corazones de inmenso terror á los resonantes golpes de su espada.

Estos combates prepararon por fin la paz. Saladino enfermó á consecuencia de las fatigas á que por necesidad había estado expuesto durante los últimos años, y por lo tanto debía abrigar menos esperanzas de entusiasmar á sus sediciosas tropas para emprender una lucha de exterminio con las últimas fuerzas heroicas de los cristianos. Ricardo, que lleno de inquietud, quería apresurar todo para volver á su patria, cedió paso á paso en las negociaciones vueltas á entablar, y al fin se manifestó conforme con el resultado verdaderamente vergonzoso de aquellas negociaciones. En efecto, con arreglo al convenio celebrado entonces, la ciudad de Jerusalem quedó enteramente, sin restricción alguna, bajo la dominación de los musulmanes; la Santa Cruz no fué devuelta; los cristianos prisioneros en poder de Saladino fueron abandonados inhumanamente á su triste suerte; Ascalon debía ser arrasada por operarios de ambas partes. Por consiguiente, solo les quedaba á los cristianos la costa de Joppe hasta Tiro, además del resto de sus posesiones en el Norte de Siria; fuera de esto, se les concedió visitar libremente y con seguridad á Jerusalem como peregrinos pacíficos y orar en los Santos Lugares; pero ni aun esto poco les fué acordado al amparo de una paz duradera, sino únicamente durante una tregua de tres años. Tal fué el deplorable tratado que el rey Ricardo firmó con Saladino el día 1.º de setiembre del año 1192.

El dolor y la cólera se apoderaron de los corazones de los cristianos, cuando fué conocido este triste resultado de todos sus sacrificios y fatigas, y cuando, poco tiempo despues, fué destruida para siempre «la novia de Siria.» Dolor y cólera experimentaron los peregrinos, particularmente algunos grupos escandinavos, que precisamente entonces acababan de llegar desde su lejana patria á la costa siria, cuando, yendo desarmados á Jerusalem, vieron allí á los enemigos como orgullosos dominadores, y á sus correligionarios prisioneros, cargados de cadenas, trabajando penosamente. Pero tampoco Saladino estaba completamente satisfecho de su gloriosa resistencia: la obra de su vida no estaba realizada sino á medias. Aun ondeaba la bandera de la Cruz sobre muchos castillos y ciudades de Siria, y aun vivía el espíritu de Godofredo de Bullon en todos los pueblos del Occidente. Lo que se ha dicho sobre la decadencia del entusiasmo por las cruzadas entre los cristianos, es poco aplicable á la época de la tercera cruzada. Las circunstancias políticas influyeron en la peregrinación efectivamente, perturbando y cambiando las cosas, como no podía menos de suceder atendidas las condiciones de desarrollo, cada vez mayor, de todos los Estados. Tambien afearon los peregrinos su santa empresa con monstruosos crímenes; y el enemigo, perseguido y todo por el odio religioso, fué tan ardentemente admirado por ellos, que poseidos de caballeroso respeto buscaron su amistad. Pero el rasgo característico de los sentimientos que unieron á aquellos poderosos ejércitos peregrinos y les hicieron permanecer fieles en medio de indecibles apuros y peligros, continuó siendo el antiguo ferviente deseo de libertar el Santo Sepulcro y extender la dominación cristiana por los territorios del Oriente. La resistencia de un príncipe de genio por parte de los mahometanos, y la carencia de un jefe de capacidad por parte de los cristianos, fueron las causas primordiales del triste desenlace que tuvo esta titánica lucha. Y en esto nadie tuvo mas culpa que el rey Ricardo, el cual, casi podría decirse que, en cuanto estuvo en su mano, contribuyó á que Jerusalem no fuese reconquistada.

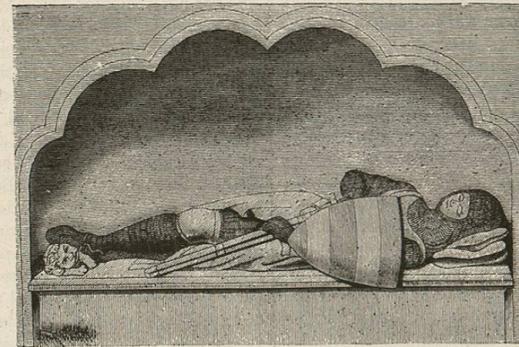
Pero el rey caballeresco fué terriblemente castigado por las locuras que había cometido. Despues de firmado el convenio con Saladino, una enfermedad le retuvo algunas semanas mas en Acre. A fines de setiembre envió á su patria á su esposa Berenguela y á su hermana Juana. El 9 de octubre abandonó la Siria, y navegó por algun tiempo casi como un aventurero por el mar Mediterráneo, indeciso sobre el rumbo que había de tomar para ir á Inglaterra; pues fuera de la ruta por mar alrededor de Europa, la cual evidentemente deseaba evitar, casi todos los demás caminos le estaban cerrados. Al tiempo de partir para la cruzada, había dejado en Inglaterra como su representante al canciller del reino, Guillermo, obispo de Ely, hombre de humilde cuna, pero muy ambicioso, el cual se creó muchos enemigos, á la cabeza de los cuales estaba el propio hermano del rey, el conde Juan, despues Juan sin Tierra. El canciller fué derrocado y desde entonces Juan aspiró á apoderarse del reino, suplantando á Ricardo. Pero en este intermedio regresó el rey Felipe á Francia, y en lugar de cumplir su juramento de amistad para con el gobierno de Ricardo, hizo resonar en media Europa sus quejas sobre la perfidia de éste; y al poco tiempo entró en alianza con el conde Juan, para oponerse con la fuerza á que Ricardo volviese al trono de Inglaterra. Además de esto, los príncipes y pueblos de Alemania estaban animados de sentimientos hostiles en gran parte contra Ricardo, porque este había tenido la culpa de los desmanes que se cometieron con los peregrinos alemanes en Siria: sobre todo el duque Leopoldo, que había abandonado la Tierra Santa poco tiempo despues del desprecio de que fué objeto

en Acre por parte del rey inglés, buscaba una ocasión propicia para vengarse de aquella afrenta. Hasta el emperador alemán Enrique VI, hijo y sucesor de Federico I, pertenecía al número de los enemigos de Ricardo, porque este se hallaba en íntimas relaciones con los güelfos y normandos, enemigos capitales de la casa de Hohenstaufen: el rey de Inglaterra estaba emparentado con Enrique el Leon, y—desde la primavera de 1191—en buena amistad con Tancredo de Sicilia.

Así es, que el continente en casi toda su extensión, desde Hungría hasta el Océano Atlántico, era territorio enemigo para Ricardo. A pesar de todo, se arriesgó por fin á hacer rumbo por el mar Adriático, con intención de ir por la Alemania del Sur, hácia á Sajonia, y desde este punto á Inglaterra acompañado por los güelfos. Su barco encalló en la costa, entre Aquileya y Venecia. El se salvó con algunos

compañeros y atravesó disfrazado el Friul y la Carinthia; pero, á pesar de esto, pronto se hizo pública su presencia; sus compañeros fueron hechos prisioneros, y solo él con un criado logró llegar á la aldea de Erdberg, próxima á Viena. Cuando descansó allí algunos días, los finos modales del criado y la moneda extranjera con que compraba en el mercado, llamaron la atención en Viena. Se apresó al último, y por medio del tormento se le obligó á declarar la morada, nombre y clase social de su señor. El 21 de diciembre de 1192, fué detenido Ricardo y enviado por el duque Leopoldo al castillo Dürnstein, situado á orillas del Danubio, donde fué encerrado en la prisión.

Para el emperador Federico, la noticia de lo sucedido fué «de mas valor que el oro y las piedras preciosas.» La feliz vuelta de Ricardo á Inglaterra hubiera equivalido para él al



Tumba de un caballero inglés del linaje de los Harcourt, en la catedral de Worcester, hácia el 1200 (1)

mayor y mas terrible de los peligros con que le amenazaban güelfos y normandos. Por el contrario, con la prisión del rey, estos enemigos quedaban medio desarmados. Hay que juzgar, pues, la conducta de Enrique por estos puntos de vista y no por la tendencia romántica de la tradición, que glorifica calurosamente al rey caballeresco y á su fiel trovador Blondel, pero ataca sin razón al «tirano» Enrique.

El emperador exigió á Leopoldo la entrega de Ricardo, porque «un rey no debía estar en la prisión de un duque.» Leopoldo entregó al prisionero, despues que se le garantizó, además de otras ventajas, el pago de 50,000 marcos de plata, y Enrique procuraba que Ricardo pagase por su rescate una gruesa suma de dinero, proporcionase auxilios de guerra contra los enemigos de los Hohenstaufen y se declarase vasallo de la Majestad imperial. Con esto exigía, sin embargo, muchísimo mas de lo que sus fuerzas le permitían alcanzar. El rey Felipe y el conde Juan procuraron excitarle á que le impusiese condiciones mas duras, porque deseaban, ante todo, que «el diablo» no volviese á quedar libre; pero en cambio, el pueblo inglés al tener noticia de la inesperada desgracia de su rey, se levantó con firme lealtad en favor de él, y el papa Celestino III, á pesar de su antipatía contra el altivo Ricardo, se vió precisado á ponerse de su parte en atención á que todo daño hecho á un cruzado, desde el momento que revestía tal carácter, era castigado con penas eclesiásticas. Asimismo Enrique el Leon y los amigos con que este contaba entre los grandes de Alemania, quedaron profundamente conmovidos y humillados al principio con la prisión del rey—en esto consistía la ventaja más importante que el emperador consiguió principalmente con esta prisión,—pero poco á poco volvieron á tomar una actitud mas amenazado-

ra, y Enrique VI, en su consecuencia, tuvo al fin que contentarse con el juramento feudal de Ricardo y con la promesa de que se le entregarían 150,000 marcos de plata, suma fabulosa para aquellos tiempos. Hecho este convenio, el rey fué puesto en libertad el día 4 de febrero de 1194.

En Inglaterra fué recibido Ricardo con el entusiasmo mas expansivo, gracias á la gloria que le habían conquistado sus heroicas hazañas aventureras. Pero del mismo modo que se dió á conocer como cruzado, gobernó como rey. Sus pensamientos y sus tendencias no se dirigían mas que á correr lanzas y tomar castillos. Humilló á su desleal hermano el conde Juan, y sostuvo casi incesantes combates particulares con los caballeros del rey Felipe; su reino, sin embargo, no sacó gran partido de todo esto. Su fin fué tambien digno de semejante vida: en una insignificante contienda con el vizconde de Limoges, fué herido delante del castillo de Chaluz, propiedad de éste, y murió el 6 de abril de 1199, á los 42 años de edad.

CAPÍTULO VIII

CUARTA CRUZADA (2)

EL EMPERADOR ENRIQUE VI

El sultan Saladino, despues de firmada la tregua con el rey Ricardo, dirigió su atención á la paz. Recorrió las co-

(1) La disposición particular de las piernas en cruz, designa el cruzado segun antigua costumbre inglesa.

(2) Wilken, Historia de las cruzadas, tomo V, etc. Rohde, Leon II, rey de la Armenia Menor, Gottinga 1869. El emperador Enrique VI, Leipzig 1867. Winkelmann, Felipe de Suabia y Oton IV, dos volúmenes, Leipzig 1873 y 1878. Streit, Memorias para la historia de la cuar-